

Raffet, más la quiero y más la admiro: ha acabado de ganar mi afecto con la historia de los pesares y de los desengaños que le han hecho tomar la resolución de consagrar el resto de su existencia al alivio de sus semejantes, sin esperar otra recompensa más que Dios. Era necesario que tú la hubieses oído como yo, referir su vida, para que te formaras idea exacta de la sencillez, llena de encantos, con que descubre todo el fondo de su corazón, asilo de todas las virtudes.

Eso es mucho entusiasmo, me dirás tal vez; es verdad, á lo ménos, poco dista de él. Pero es una falta en que caen cuantos conocen á esa señorita; al grado de que los que tienen la dicha de vivir con ella en su intimidad, le cobran tanto afecto que no quieren dejarla nunca.

Así ha pasado con nuestra querida Cecilia; acaba de rehusar un matrimonio ventajoso por no separarse de su nueva amiga, quien por su parte está muy prendada de tan interesante y amable joven. En fin, para acabar, te confesaré que no sé cómo me he acostumbrado á la fealdad de la Srita. Raffet, que ya me agrada su figura, participando así de la opinion comun de cuantos la tratan. Explicame la causa de ese cambio. Yo creo haber hallado la razon; y es que no hay fealdad que no

pueda embellecer la virtud, así como no hay hermosura que el vicio no destruya. Imposible es que no estés de acuerdo conmigo. Adios, querida Carolina, la campana me llama para la lectura espiritual: la historia de la Srita. Raffet se quedará para otra ocasion; como es larga, tendré cuidado, para excitar tu curiosidad, de interrumpirla en los lugares más patéticos: ya te lo aviso, para que despues no te enojés con tu amiga

SOR TERESA.

CARTA XIII.

Burdeos.

Estoy tentada, querida Carolina, de renunciar á la conversion de tu prima: auxiliada por nuestra madre, he dicho cuanto he podido para sacarla de su indiferencia, pero todo ha sido trabajo perdido. Cuando la creo ya vencida, y que va á hacer lo

que yo quiero, es cuando se me escapa. Pasó cosa de un mes sin que me viera; me huía. Pobre Aurelia, es porque se habia lanzado con nuevo frenesí en medio de todas las locas alegrías que la vuelta del invierno trae como por consecuencia. La inquietud, el enfado que la acompañan sin cesar, la hicieron encerrarse en su casa por más de ocho dias sin ver á nadie, y con su ardiente imaginacion llegó á persuadirse de que era la persona más desgraciada del mundo. Entónces me hizo el honor de acordarse de mí, y de mandarme decir que estaba enferma: fuí á su casa, y la encontré efectivamente pálida, estragada, pero sufriendo más en el espíritu que en el cuerpo.

Procuré primero calmarla, despues llegué á hacerla reír, y le dije que queria curarla radicalmente del esplin que la domina. Me instó mucho para que le indicara cuál era ese remedio maravilloso; pero aplacé la cosa para el dia siguiente, previniéndole que estuviera desde temprano vestida y dispuesta á acompañarnos á Sor Victoria y á mí, no olvidando la doblonera por lo que pudiera importar.

Cuando fuimos á su casa ya nos estaba esperando: condescendió con mucho agrado á modificar un poco su *toilette*, demasiado elegante para las

visitas á que pensábamos llevarla. La condujimos como tenia yo pensado hace tanto tiempo, de una covacha á otra. Jamás habia visto tan de cerca, tantas miserias y sufrimientos; así se conmovió mucho, y la compasion le hizo derramar con generosidad sus limosnas, en cuanta parte entró: volvió á su casa con la bolsa vacía, pero alegre y contenta de sí misma, y del empleo de su mañana, porque se habia oído bendecir por los infelices que habia socorrido. Nos dió las gracias por aquel ratico de gusto que le habiamos proporcionado, y nos suplicó que cuanto ántes se lo repitiéramos.

Nosotras se lo prometimos; pero como no es bueno abusar de nadie, dejamos pasar una semana entera sin buscarla. Entónces vino ella á vernos y nos reprendió con cierta acritud el haberla olvidado. Eso era precisamente lo que deseábamos nosotras: tratamos inmediatamente de reparar nuestra falta, y tu querida Aurelia, que despues de todo tiene un corazon excelente, me parece que hoy dejaria mejor de ir al baile más espléndido que prescindir de acompañarnos: me ha confesado que se halla mucho ménos digna de compasion, desde que oye resonar en sus oídos las bendiciones de los pobres. Este es ya un gran paso; pero todavia queda por hacer lo más dificultoso, porque es ne-

cesario echarla en la piscina, y es á lo que más se resiste esa pobre mujer. Sin embargo, ¿esa dicha que busca con tanto afán, no le huirá siempre que no la busque en la religion? Muchas veces le hablo de la Srita. Raffet, y siente un deseo vago de conocerla; pero teme, como me lo dice francamente, que sea demasiado devota y la fastidie. Nunca insisto sobre ese punto; solo cuido de tiempo en tiempo de insinuarle que la Srita. Raffet, es una de las personas más amables que he conocido, que sabe perfectamente unir la piedad y la práctica de las buenas obras á una alegría encantadora, y que ha hallado el secreto de la felicidad aquí abajo; secreto que, por otra parte, comunica con facilidad á cuantos se lo piden.

Con todo, como no quiero que tu prima sufra la mala impresion que yo, si alguna vez la llega á ver, le he hecho un retrato mil veces más feo que el original; con lo que el otro dia me decia, que temia que le habia de dar miedo.... ¡Vaya! le respondí riendo: ¿acaso no se acostumbra uno á la fealdad tan pronto como á la belleza? No sé qué autor ha dicho que eso es negocio de quince dias, y tiene razon: vd. misma, ¿no ve con gusto al ilustre caballero Cadot, el más feo de cuantos hombres ha habido?

Es cierto; pero tiene tanto talento, es tan ama-

ble, tan divertido, que se le perdonan fácilmente sus deformidades.

Eso mismo pasa con la Srita. Raffet.

Ella se sonrió, y espero que se realizará mi plan: no se necesita más que paciencia, y en verdad que mucha paciencia, porque ya te he dicho que tu prima tiene un genio tan raro, que se escapa de entre las manos cuando uno la cree más segura. Supliquemos al Señor que se compadezca de ella; no tiene más que querer, y esa alma extraviada volverá al redil.

Ahora pasemos á la Srita. Raffet: ella será la que hable y tu amiga, á quien ella se digna llamarla la suya; la escucha con los ojos fijos para no perder ni una sola de sus palabras. Pues la Srita. Raffet se sonrió y me dijo:

«No puedo rehusarle á vd. nada, querida hermana; puesto que vd. lo desea, voy á referirle mi triste historia; pero ántes de comenarla, debo prevenirla de que se engaña si espera que sea muy interesante ó romántica. Además, yo no sé hilar bien los hechos, y así referiré sencillamente lo que me ha decidido, con la gracia de Dios, á abrazar el género de vida que llevo aquí.

«Mi familia habitaba en Burdeos, y yo nací en esa ciudad. No me detendré en referir con largos

detalles la felicidad que rodeó mi dichosa niñez. Querida de mis padres, que habian tenido cuatro hombres y deseaban hacia mucho tiempo una niña, no conocí ni el pesar ni las lágrimas hasta la edad de quince años; pero las primeras que derramé fueron muy amargas, pues que la pérdida de mi excelente padre fué lo que las hizo correr.

Me fué muy difícil consolarme de esta primera desgracia que parecia aumentar, si era posible, el mismo amor tan ardiente que le tenia á mi madre: me dediqué enteramente á ella, y creí que mi existencia estaba irrevocablemente unida á la suya: mas ¡ay! Dios me probó lo contrario: hacia apenas dos años que se habia abierto el sepulcro de mi padre, cuando mi madre bajó á él.....! y yo no la seguí.....!

Seguí viviendo solo para sufrir y merecer el cielo; ¡el cielo! donde me espera, y desde cuyas alturas no ha cesado de velar y bendecir á su hija.

«Me quedé huérfana á los diez y siete años. Mi hermano mayor me llevó á su casa; era casado, y su mujer, jóven, aturdida y coqueta, me recibió muy bien: parecia que me amaba, y yo le consagré una amistad tierna y sincera. Con todo, poco á poco se fué enfriando conmigo: indagué la causa y descubrí con dolorosa sorpresa, que se encelaba

de las muestras de cariño que me daba su marido, que era naturalmente seco y frío. Me lo dió ella á conocer en muchas ocasiones, y llegó á tratarme de un modo insoportable. Yo sufría sus cosas sin quejarme, por amor de la paz, por caridad, y por afecto á Alberto, que así se llamaba mi hermano, á quien no queria contristar con esas historias contra su mujer. No sé si él llegó á descubrir nuestros disgustos, pues apenas se acabó el luto, cuando me llamó un dia en lo particular y me dijo que era indispensable que él pensara en establecerme, y que me suplicaba que eligiera yo un esposo entre los jóvenes que me presentaria. Esta confianza me llenó de susto; pero como comprendia las razones que le obligaban á obrar así, le prometí que pensaria seriamente sobre lo que me acababa de decir, y que esperaba que él me auxiliara con sus consejos en tan grave asunto, del que dependia la dicha de mi vida. Así me lo ofreció, y para apresurar el éxito de sus designios, me hizo tener sociedad. No os disimularé que hubo algunos sucesos que irritaron á mi cuñada: no podia perdonarme la ventaja física que yo le llevaba.....

A estas palabras se detuvo de repente la Srita. Raffet, y mirándome con cierta sonrisa dulce y triste, agregó:

En verdad lo puedo decir sin orgullo, porque ya no queda rastro alguno, y no hay peligro en elogiar á los muertos; mi belleza era notable. Rica y bonita fuí muy pronto rodeada de homenajes que, como una manzana de discordia, hicieron estallar la guerra en casa: mi cuñada ya no me daba ni paz ni tregua, y agotada mi paciencia, le supliqué á mi hermano que me pusiera en un convento y me dejara en él hasta que me casara. Se resignó á esta triste necesidad que disminuyó sensiblemente su ternura para con su mujer: ¡pobre Julia! con excelentes cualidades, hacia, sin embargo, el tormento de un esposo que adoraba!

Mi retirada al convento hizo ruido en la sociedad: acusaban de ella á Julia, á quien recibían con frialdad en cuantas partes se presentaba: como tenía talento, comprendió que mi ausencia le perjudicaba más que lo que nunca le había hecho mi compañía; y mirándose comprometida en un mal camino, tomó la animosa resolución de reconocer y confesar en alta voz su falta, y repararla con una conducta enteramente opuesta á la que había tenido hasta entonces. Por principio de cuentas, empezó por calmar á su marido descontento, con una confesión franca y humilde de sus culpas, y en seguida vino á rogarme, con lágrimas de sus

ojos, que olvidara yo todo lo pasado y volviera á habitar en casa de mi hermano. De buena voluntad le perdoné todas sus faltas, pero á lo que no podía resolverme, era á dejar mi tranquilo asilo: con todo, ella insistió, y me probó tan bien que de eso dependía el restablecimiento de la buena armonía en su casa, que condescendí aunque contra mi gusto y con pesar.

En efecto, como pensionista, gozaba yo de alguna libertad en el convento, y había estrechado mucha amistad con una jóven también huérfana como yo. Poco comunicativa, pero muy dulce y melancólica, atraía Melania á sí, por un encanto irresistible, difundido en todo su aire. La diversidad de nuestros genios no impidió que nos buscásemos mutuamente; además, éramos de la misma edad y decían que nos parecíamos mucho, aunque ella era rubia y yo no. Ella estaba en mucha pobreza, y una parienta suya, lejana, se había hecho cargo de los gastos de su educación, que quería fuese muy completa para que pudiese servirse de ella como de un medio de subsistencia. Se iba ensayando en tan penosa tarea, dando lecciones á las más jóvenes colegialas del convento, donde hubieran querido que permaneciera haciéndose religiosa. Pero Melania, aunque piadosa, no se sentía con vocación monástica; si bien por otra

parte le espantaba su porvenir, con lo que dudaba qué partido tomar. Entre muchachas pronto se tiene confianza, y así, á pesar de su habitual reserva, me descubrió desde al principio de nuestra amistad todo su corazón. Hice cesar por completo todas sus inquietudes, prometiéndola que en cuanto cumpliera yo la edad, me la llevaria conmigo, y ofreciéndole que si mi matrimonio se verificaba ántes que el suyo, habia yo de poner como primera condicion, la de que habia de vivir conmigo hasta que hallara un partido conveniente. Tal vez me dirá vd. que fué ese un paso imprudente: confieso que sí fué; pero entónces yo era jóven, mis sentimientos eran algo exaltados, y me parecia que estaba obligada á reparar, en cuanto de mí dependiese, la injusticia de la fortuna con una persona á quien queria yo tanto. Comencé por obligarla á aceptar la mitad de lo que mi hermano me daba para mis gastos menudos, y no salí del convento sino despues de repetir á mi triste amiga que abreviaria lo más posible una separacion que me era tan penosa como á ella.

Gracias á la condescendencia de Julia, cuya conversion era muy sincera, yo hacia salir á Melania tan frecuentemente, que muy pronto fué considerada en la sociedad como un nuevo miembro de

nuestra familia. El fin de todos mis deseos, el ensueño de mi corazón, era efectivamente el unirla con lazos que estrechasen todavía más los de la amistad. Deseaba tenerla por hermana política, haciendo que se casara con Enrique mi hermano menor, abogado de buena carrera, y que ya con sus negocios habia más que duplicado su patrimonio. Para esto, mantenía con él una correspondencia activa. Le instaba á que se casara, porque decia yo que deseaba mucho conocer la capital, y que no esperaba tener ese gusto mientras estuviese solo: despues, con la mayor falta de destreza, le hacia entrever el secreto motivo de mis instancias, haciéndole los mayores elogios de la belleza, del talento y de todas las buenas cualidades de Melania, sin dejar de decirle en términos equivalentes á estos: Ven, y verás si exagero en lo que te digo. El, en sus respuestas, me hacia burla de mi entusiasta amistad con Melania; pero me agregaba con gracia, que por fin le habia yo inspirado tal deseo de contemplar á mi fénix, que sin duda aprovecharia las vacaciones que se iba á tomar, para tener ese placer, y sobre todo, el de abrazarme á mí.

Entretanto, nos recomendó á un amigo suyo, Fernando Devigne, jóven de buena figura y trato agradable, que deseaba, segun decia, obtener el

cargo de promotor en Burdeos. Era amable, vivo, instruido; pero como siempre ha de haber alguna sombra en el más hermoso cuadro, me parecía un poco frívolo.

Parecia referir la belleza del cuerpo á todo cuanto hay, y muchas veces tuve ocasion de desaprobárselo: compensaba por otra parte este defecto, con unas costumbres irrepreensibles y buenos principios religiosos, sin práctica es cierto, pero se podia esperar con fundamento, que una mujer prudente y piadosa lo inclinaria fácilmente á poner en relacion su conducta y sus creencias.

Esta conviccion, y el empeño que tomaba en darme gusto, me dispusieron tan bien en su favor, que no dudé en aceptarlo como novio, cuando poco tiempo despues me pidió en matrimonio á mi hermano Alberto que, de acuerdo con Enrique, habia preparado esta union. Parecia que Fernando me amaba mucho; yo por mi parte lo queria como al esposo que me habia destinado la Providencia, y me hubiera creído la persona más feliz, si hubiera visto que Melania participaba francamente de mis risueñas esperanzas. Pero el anuncio de mi próximo enlace léjos de regocijarla, la consternó y la sumegó en una tristeza que no cuidaba de disimularla de ninguna manera. Creí que

temia que olvidara yo las promesas que le habia hecho; que su porvenir la inquietaba, y para tranquilizarla le manifesté á mi futuro esposo la firme resolucion en que estaba de asegurar un dote lo ménos de 4,000 ps. á una amiga tan querida.

Demasiado generoso para desaprobalo, Fernando mismo me indicó el modo con que lo debia hacer, y me daba gusto, de antemano, el pensar que podia presentar esa suma á Melania como regalo de boda, el dia en que se firmara el contrato de matrimonio, para lo que no se esperaba sino la llegada de Enrique.

Llegó, por fin, y puso el colmo á mi alegría, con decirme que si á mi protegida le parecia bien, él pensaba tomarla por esposa. ¿La encantadora y simpática Melania, podia acaso no agradar á un corazon jóven y bien formado? Enrique la vió, sintió por ella una fuerte pasion, y le ofreció su mano, que ella aceptó, pero como una víctima que se resigna, y no como una pobre huérfana, que no podia figurarse hallar un esposo jóven, rico, de buena figura y excelentes cualidades.

No pudiendo yo explicarme su tristeza, cuya verdadera causa me ocultaba siempre, se la pregunté un dia resueltamente, pero me contestó:

¿Yo triste? querida.

Paulina ¿triste? cuando se me presenta la dicha más inesperada!..... ¿Te lo puedes tu imaginar? Me crees sin duda muy ingrata para contigo y la Providencia! ¿Qué otra cosa puedo desear más que el dulce nombre de hermana, que me podrás dar dentro de pocos dias?....

Otra persona de más experiencia que yo, hubiera descubierto seguramente al través de los trasportes de reconocimiento de Melania, uno de esos suspiros del corazon que hacen traslucir una pena secreta.

En cuanto á mí, completamente tranquilizada con esas palabras, la abracé y decidí á Fernando á retardar unas cuantas semanas nuestro casamiento, para que el de Melania se celebrara tambien el mismo dia.»

Basta por hoy; parece que ha platicado alguna cosa la Srita. Raffet: detengámonos aquí, querida Carolina, porque ya esto excede en mucho los límites de una carta. Adios, tú sabrás la continuacion de la historia en la próxima.

Tu mejor amiga

SOR TERESA.

CARTA XIV.

Regáñame cuanto quieras, Carolina, yo no puedo enviarte con más frecuencia esta especie de *in folios* que les doy el nombre de cartas, y que el correo me hace el favor de llevarte de mi parte. Por si acaso lo ignoras, es bueno que sepas, ingrata, que no hay una sola de las cartas que te escribo, que no me cueste perder cuatro ó cinco recreaciones, que es el único tiempo que puedo dedicar á eso, lo que me hace sufrir el suplicio de Tántalo, pues que miéntras que escribo estoy oyendo á mis compañeras que rien y se divierten alegremente: y yo, por tu cariño, resisto á la tentacion de ir á tomar parte en su gusto y buen humor, ¿No te parece que no deja de ser un sacrificio algo grande y generoso el que te hago?

Para castigarte, me ocurre no contarte la plausible noticia que tengo en la punta de la pluma....